

Asia anterior, Egipto. Sólo que lo occidental descubierto y conquistado no fué América, sino Europa.

La cosa fué, aproximadamente —a tal distancia sólo es posible hablar por aproximación—, así:

Si tomáis uno de los libros más serios sobre nuestra prehistoria (1), hallaréis en la página 54 lo siguiente:

«Esta cultura (la que existía en España hacia tres mil años a. d. J. C.) tiene componentes muy marcadamente africanos..., que forman una base pastoril.» Pastoril. Esto es, masculino, patriarcal. Figuraos algo así como las grandes familias de pastores del Antiguo Testamento. Algo así, sólo que mucho más primitivo —Abraham debe de ser, cuando menos, mil años más reciente—, sin metal, sin montar a caballo. Pero, en suma, algo así. Es el componente masculino. El «Hombre», de que hablábamos antes.

Mas, si leéis en el mismo libro, la página siguiente os dirá:

«A lo largo del tercer milenio precristiano... vemos definirse otro conjunto cultural..., un pueblo agricultor con abundantes símbolos religiosos y una organización matriarcal..., ofrece como una gran novedad... el conocimiento del metal y la arquitectura en formas superiores.»

Tenemos aquí dos cosas en una —y dos cosas que también la otra vez fueron bien ligadas—lo femenino—: una cultura de grandes aldeas de agricultura matriarcal, comprendedlo bien, seguramente la suma divinidad sería una Diosa lunar o terrestre, y seguramente la herencia iría por la madre, y no por el padre; seguramente la Reina Madre sería el primer personaje de cada Seño-

rio. Aún hoy, en muchos lugares del mundo —en Africa, en Oceanía— se vive así. Pero, al tiempo, con fuertes aportes de culturas más avanzadas de Oriente —el metal, la arquitectura en piedra—. Este es el componente femenino y más progresivo. Lo que fué la otra vez —lo sabéis bien— la Mujer y el Renacimiento. (¿A quién dedicó Nebrija su Gramática? ¿Quién despertó aquella «docura» por el estudio?) La llamamos cultura ibero-sahariana. Bien: comprenderéis que un matrimonio entre culturas no es tan fácil como un matrimonio entre príncipes. Y que una cultura tarda algo más en llegar a la mayoría de edad que una persona. La cosa tardó en hacerse unos mil años. Hacia dos mil años a. d. J. C. estaba hecha. Fueron, en números redondos, tres siglos de plenitud imperial y un impulso que repercutió hasta un milenio más tarde.

Si leemos las páginas 59-60 del libro citado encontraremos lo que ahora veréis y que quizá sorprenda a alguien:

«Con el año 2.000 (a. d. J. C.) comienza en España la verdadera Edad del Bronce..., momento de apogeo y esplendor..., que ha de tener una amplia difusión por todo el Occidente europeo, y que lleva al continente, en su final, el vaso campaniforme, símbolo y síntesis de las dos culturas hispánicas unificadas al comenzar el bronce.» Si, lo que el Yugo y las Flechas, lo que el Aguila de Carlos y Felipe, esto fué un humilde cacharro, un vaso de barro, invención femenina también, la cerámica. Símbolo —al comienzo de la Edad del Bronce, como los otros de la Edad Moderna— de una expansión que, a su vez, se había logrado por la unificación de un componente femenino y otro masculino, con un refuerzo de las ya viejas relaciones culturales mediterráneas. Y también fué un empuje de navegantes y conquistadores audaces

(1) Julio Martínez Santa Olalla. *Esquema Paleontológico de la Península Hispánica*. Segunda edición. Madrid, 1946.